

# CORREO DE LA MODA.

ALBUM DE SEÑORITAS.

Periodico de Literatura, Educacion, Música, Teatros y Modas.

Los Articulos contenidos en este número son propiedad.

**SUMARIO.** Instruccion : Estudios Históricos, por don A. Pirala.—La Oracion (poesia), por don Antonio de Trueba.—Hulkem, cuento oriental (conclusion), por don Carlos Frontaura.—Variedades: Los Saludos, por don J. A. Viedma.—Modas.—GRABADO: Abecedario para bordados.

## INSTRUCCION.

### ESTUDIOS HISTÓRICOS.

#### JUDITH.

EL ENTUSIASMO EN LA MUJER.—HOLOFERNES.—BETHULIA.—SU APURO.—RESOLUCION DE JUDITH.—COMO LA EJECUTA.—SALVA Á BETHULIA.—SU GLORIA.



ACRIFICAR la vida por matar á un enemigo, cuya muerte aborra innumerables, es siempre una accion meritoria: la de Judith es inapreciable.

Es verdad que las circunstancias no hacen los génius, pero los dan á conocer. Sucesos hay en la vida que desarrollan nuestras facultades de una manera extraordinaria, y que revelan todo lo de que nuestra alma es capaz. Resortes hay á los que el corazon humano no puede resistir, y que imprimiendo al de la mujer un entusiasmo belicoso, la desnaturaliza sublimemente dotándola de las calidades mas opuestas á su sexo.

La voz de la religion y de la patria amenazadas, hacen prodigios de su esquisita sensibilidad. Judith es un bello ejemplo. Sin otro auxilio que su valor, salvó á su patria y á sus conciudadanos.

Uno de los monarcas asirios, cuyo orgullo de ra-

za era insultante, reinaba en Babilonia poco tiempo despues del gran cautiverio de los judios: quiso someter á todos los pueblos del Asia, y destruyendo sus altares y sus templos proclamarse su Dios. Holofernes, jefe de sus tropas, y encargado de la ejecucion de sus designios, partió á la cabeza de un ejército numeroso y formidable, precedido del terror. En vano era recibido con afectadas demostraciones de respeto; el pillaje y el incendio no distinguian entre la sumision y la resistencia. Asoladas veinte provincias, intentaron los israelitas defenderse de aquel predecesor de Atila, de aquella bárbara irrupcion. Dueños de las alturas que dominaban á Jerusalem, invocaron la proteccion del cielo; y asombrado y furioso Holofernes, con una resistencia que no esperaba, hizo marchar su vanguardia á Bethulia, donde se habian hecho fuertes los israelitas.

En una salida de estos dispersaron á los asirios, pero se consternaron los vencedores al presentarse al dia siguiente Holofernes cubriendo la tierra con sus numerosas legiones; y en vez de emplearlas para reducirles por la fuerza, quiso rendirles por la sed, y cortó el acueducto. Los habitantes suplicaron entonces á Ozias, autor de la resistencia; negóciase la rendicion, y conmovido con los ruegos y el llanto de la multitud, les dijo:

—Ánimo hermanos: aguardemos cinco dias la misericordia del Señor. Si pasan sin su auxilio nos rendirémos.

Habitaba en Bethulia una hija de Meravi, de la tribu de Simeon, llamada Judith, que hacia tres años era viuda de Manasés. Su belleza escedia á su opulencia, y su virtud no conocia otros goces que los de la religion. Retirada del trato de las gentes, ayunaba casi de continuo, y su áspero silicio era señal del



dolor inconsolable que la causará la pérdida de su esposo. De todos estimada por sus buenas obras, jamás la maledicencia manchó su reputación, bello y frágil adorno de las viudas jóvenes.

Al saber el acuerdo mencionado, buscó á los ancianos del pueblo y les dijo:

—¿Qué quiere decir esa resolución de entregarse á los asirios, si no nos es propicia la fortuna en cinco días? ¿Quiénes somos para provocar al Señor? No es ese el medio de atraer su bondad, lo es sí de concitar su cólera. Habeis prescrito un término á la bondad de Dios, y le habeis fijado un día á vuestro agrado. Pero Dios es bueno, arrepintámonos de esta falta, é imploremos su perdón derramando abundantes lágrimas. Tengamos fé en que los males que nos envía no son para perdernos, sino para corregirnos.

Ozias y los ancianos respondieron:

—Justo es cuanto habeis dicho, y no tienen réplica vuestras palabras. Orad, pues, por nosotros, vos que sois una mujer santa y temerosa de Dios.

Judith les replicó entonces:

—Reconociendo que lo que acabo de deciros me lo ha inspirado Dios, juzgareis por vosotros mismos si lo que he resuelto hacer viene también de él, y le rogareis me dé fuerzas para ejecutar mi proyecto. Esta noche saldré de la ciudad con mi esclava. No me pidais esplicaciones, yo os las daré á mi regreso. En su retiro esclama prosternada ante Dios:

—Señor, que habeis fortalecido á mi abuelo Simeon para castigar á los extranjeros profanadores de la pureza divina; que habeis entregado sus mujeres por botín, cautivas sus hijas, y repartido sus bienes entre vuestros fieles servidores; asistid, os lo ruego, á una viuda desolada. Obra vuestra son todas las maravillas; nada es sin vuestra voluntad. Tended la vista al campo asirio, que persigue á vuestros creyentes como en otro tiempo les persiguió el de los egipcios, orgullosos con su mérito y esplendor. Abismad á éstos como abismásteis á aquellos, no menos fiados en sus aprestos, y esperimenten vuestra cólera los que se proponen violar vuestros templos y profanar vuestros altares. Permitid que la cabeza del soberbio Holofernes caiga al filo de su propia espada. Permitid que al verme no sospeche mi intento; que le seduzcan mis palabras; que muera á manos de una mujer para gloria vuestra. Dios de los cielos y de la tierra, criador del universo, escuchad á esta débil criatura confiada en vuestra misericordia; prestadla valor, y á sus palabras convicción, á fin de que conserve vuestra casa su no ajada santidad, y que reconozcan todos los pueblos que sois el Dios único verdadero.

Aprestóse á ejecutar su designio con ayunos y

oraciones, y preparada así su alma atavió su cuerpo con las mejores galas para mas seducir á Holofernes.

Seductora con sus joyas y adornos, y radiante de belleza y majestad, hasta el punto de asombrar á los suyos por el realce de estas cualidades, salió de Bethulia por la noche.

Orando de continuo, y seguida de su esclava, llegó al amanecer á las avanzadas, que la preguntaron:

—¿De dónde vienes, y adónde vas?

—Soy una hija de los hebreos, les responde; huyo de su compañía previendo serán vuestra presa por haberos despreciado y no haberse querido entregar, rehusando vuestra generosidad. Por esto me he dicho á mí misma: me presentaré á Holofernes para descubrirle importantes secretos, y darle un medio de tomar á Bethulia sin perder un solo hombre.

Fascinados los centinelas con la gracia y las maneras de la encantadora tráfuga, la condujeron á Holofernes. Prosternósele en señal de respeto, y alzada de su orden, Holofernes deslumbrado, la dirigió por su turbación algunas palabras cariñosas, preguntándole la causa de su fuga.

Judith le contestó con artificio:

—Vuestra sabiduría es célebre en todas partes; todo el mundo publica que sois el hombre mejor y mas grande. Tiemblan ante vos los hijos de Israel, porque han ofendido á Dios. Dízmales el hambre, y la sed les ahoga, á pesar de que se sirven de la sangre de los animales, del vino y del aceite consagrado al culto. Esto solo bastaría para su perdición. En tal creencia, ha huido de ellos esta vuestra sierva, dándome Dios firmeza suficiente para ello, y enviándome á revelaros estos secretos. El Señor me dirá la hora de su venganza; yo os la anunciaré, y os pondré en Jerusalem. Todo el pueblo de Israel se os presentará como un rebaño sin pastor: ni una voz se os alzaré en contra. Dios me lo ha inspirado.

Prendóse Holofernes de este discurso, reprobable á los ojos de la moral austera, y la dijo:

—Dios nos favorece enviandóos. Si vuestra promesa de buen agüero, se cumple, vuestro Dios será mi Dios, y vos sereis grande entre los de Nabucodonosor, y llenará vuestro nombre toda la tierra.

Obsequióla con esmero, la concedió el permiso de salir de noche fuera del campamento á hacer oración, purificóse Judith con abluciones religiosas, y al cuarto día fué invitada por Holofernes á un festín. Adornóse cuanto pudo y consiguió embriagarle.

Retirados todos los convidados, no abandonó la esclava á Judith, y cuando Holofernes dormía, esclama llorosa la israelita:



—¡Dádme fuerza, Dios de Israel, para libentar vuestra querida Jerusalem, para llevar á cabo mi propósito!

Desenvaina el sable de Holofernes, ase á éste por los cabellos, — «sostenedme, Dios mio, en este momento,» dijo, y al segundo golpe le cortó la cabeza. Ocúltala su esclava, y atravesando el campamento como todas las noches, llegan á Bethulia.

—Abrid, grita Judith, que nos protege Dios.

En una altura, rodeada de todo el pueblo, que la esperaba impaciente y ardiendo mil luminarias, dice:

—Alabad al Señor, que no ha abandonado á los que esperábamos en él. Él ha hecho por medio de su sierva la misericordia que prometió á la casa de Israel, y esta noche ha dado muerte por mi mano al enemigo de su pueblo. Hé aquí la cabeza de Holofernes. Ningun pecado me ha costado; Dios lo sabe, que constantemente me ha protegido.

La alegría no tuvo límites, y Judith añadió:

—Escuchadme, hermanos. Clavad esa cabeza en la muralla, y al salir el sol, acometed todos al enemigo. Los oficiales vigilantes irán á despertar á Holofernes, y al hallarle sin vida, se apoderará de ellos el espanto; huirán perseguidos con empeño: Dios os ayudará en su destruccion.

Todo sucedió así, y tan espantosa inundacion se detuvo ante la audacia de una mujer, objeto de adoracion universal.

Judith compuso un himno sagrado á la victoria, ofreció al Señor los tesoros de la tienda de Holofernes que la regalaron, y volvió á su luto y á sus hábitos de retiro y piedad, libertando á la esclava generosa que la siguió al campo de los asirios. Su presencia la celebraban sus conciudadanos con el mas fervido y respetuoso entusiasmo.

Murió anciana y venerada de todos, y en honra de su patriotismo fundóse una fiesta, que se celebró largo tiempo en toda la Judea. Los Santos Padres han alabado su virtud, su vida retirada y pura, su piedad, su cariño á la memoria de su marido, y su amor á sus conciudadanos, por quienes tanto se espuso. De ilustre cuna, rica, jóven y hermosa, despreció las riquezas, desdeñó los placeres, se hizo superior á sus incentivos, para llegar á la virtud.

En un manuscrito del siglo IX, se halla en el Vaticano la historia de Judith en miniatura, y en las vidrieras de la Santa Capilla de París. Miguel Angel, Rafael, Rubens, Horacio Vernet, y casi todos los pintores antiguos y modernos, y multitud de escultores y poetas han reproducido á Judith, recibiendo su inspiracion del rasgo sublime de patriotismo que acabamos de reseñar.

A. PIRALA.

## LITERATURA.

### LA ORACION.

El sol trás la montaña  
se esconde melancólico,  
su luz postrera baña  
la copa de los árboles  
donde le dan los pájaros  
el postrimer adios;  
y oyendo las campanas  
de las iglesias próximas,  
las gentes aldeanas  
dejan profanos cánticos  
y en religiosos éstasis  
elevan su oracion.

La luna se levanta  
trás las lejanas cúspides,  
y, cual conciencia santa,  
serena está la atmósfera,  
sereno el mar indómito,  
sereno el cielo azul....  
Señor! cuando en la calma  
solemne del crepúsculo  
te busca ansiosa el alma  
de los mortales míseros,  
¡qué desdichados fuéramos  
si no existierás tú!

ANTONIO DE TRUEBA.

## HULKEM.

### CUENTO ORIENTAL.

#### (Conclusion.)

Quando iba á partir de aquel lugar de consuelo, Hulkem me preguntó si mi hijo se llamaba Abid, y habiéndole yo contestado afirmativamente, exclamó: «Bendito sea Dios! que aun me ofrece ocasion de darte otra prueba de mi amistad,» y me puso en la mano una bolsa que contenia cien monedas de oro. —«Tómala, me dijo, tu hijo me confió esa cantidad momentos antes de partirse para Persia, y me encargó que te la entregara, si por acaso él no volvía al hogar paterno.» Yo me apercibí de que aquella falsedad era un pretexto para hacerme aceptar la suma sin herir en lo mas mínimo mi delicadeza, y le



aseguré que mi hijo no poseía al emprender su viaje á Persia tanto dinero.—Aun me hizo pasar otra noche en su casa el buen Hulkem, y á la mañana siguiente ví que entre los pliegues de mi turbaute habia puesto aquellas cien monedas de oro que el dia antes no habia conseguido que yo admitiera. Tomé solamente una de las monedas, y coloqué el resto debajo del cojin que me habia servido de almohada, y nada quise decirle, imitando así su estremada y noble delicadeza.

—Y bien, preguntó Hassan: ¿Por qué has devuelto sin dar grandes muestras de sentimiento las cien monedas de oro de Hassan, y te obstinabas en reservar esa única de las que no quisistes recibir de Hulkem?

—Porque la dádiva de Hulkem me honraba, y la de Hassan me humilla. En la casa de Hulkem, yo era como en todas, un pobre; pero todo contribuía á hacérmelo olvidar: en la de Hassan todo me advierte de la distancia que nos separa á uno de otro. Hassan no es mas que espléndido y justo, pero Hulkem es benéfico y modesto.

—Cuán injusto eres, exclamó irritado Hassan!

Y arrojando á los piés del anciano una bolsa llena de oro, se alejó diciendo:

—Toma, miserable! Aunque le has ofendido, Hassan es quien te la dá.

—Cómo! exclamaba despues al volver á su palacio, un mendigo tiene en poco mis beneficios, y prefiere la muerte á la pérdida de una vil moneda de Hulkem?... Oh! me ha dado una leccion que no dejaré de aprovechar.... No se ha de decir que un hombre como yo, poseedor del mas magnífico palacio de Oriente, y dueño de mil esclavas, que quisieran para su serallo los mas poderosos califas, no concluyó por ser tan dichoso como merece!

Hassan desde aquel dia empezó á hacer á los viajeros una acogida mas lisonjera; él mismo salia á recibirlos, los llamaba sus hermanos, y les prodigaba oro y pedrerías, para que su generosidad fuese cada vez con mayor entusiasmo preconizada. Sentado estaba un dia á la sombra de sus majestuosas palmeras, cuando llegó á distinguir un hombre, dominado al parecer por un profundísimo dolor.

—La fortuna me lo trae, se dijo; ese infortunado necesita auxilio sin duda. Cuán feliz seré si hago que no nublen su frente dentro de poco las sombras del dolor?

Sin embargo, el viajero pasaba, sin que pareciese haber fijado su atencion el maravilloso palacio de Hassan: éste en tanto, contrariado por aquel desdén, sale á su encuentro, le habla, y le pregunta la causa de su tristeza.

—Yo me llamo Helim, responde el viajero, y en mí estais viendo el hombre mas desdichado de la tierra. Poseía una esposa la mas bella, la mas envidiada

de Bagdad; sus virtudes me habian hecho amarla con verdadero frenesí; ella era la felicidad de mi vida. Pero Ibraim, el odioso favorito del califa, enamorado de ella, tuvo la imprudencia de ofrecirme mil marcos de oro en cambio de mi adorada, de mi buena Selina; yo desprecié esa infame proporcion, y el miserable ha cometido el crimen de robarla de mi hogar, sin que mis gritos, mis sollozos y mi desesperacion, hayan conmovido su corazon de roca. Quise quejarme al califa, pero el verdugo de mi felicidad me hizo aparecer á sus ojos como cómplice en no sé qué atentado supuesto, y me desterraron de Bagdad.

—Consuélate, le dijo Hassan, y sígueme, que voy á devolverte la felicidad.

Y condujo á Helim á su harém.

—Vé y elige, le dijo, la que pueda hacerte olvidar á tu esposa, es tuya.

—Oh! cuán poco conoceis lo que es el amor! exclamó tristemente el apenado esposo; la belleza puede en efecto halagar los sentidos, pero las virtudes, las cualidades del alma, los tiernos y buenos sentimientos, son únicamente los que ejercen influencia en los corazones sensibles, y para el amor nacidos.

—Aun tengo, repuso Hassan, otros medios de devolverte á la mujer á quien amas; permanece en mi palacio no mas que dos dias; un amigo leal te lo suplica.

Hassan ofreció al malvado Ibraim la mas hermosa de sus mujeres, si queria devolver la de Helim á este desgraciado esposo; pero por toda respuesta, no obtuvo mas que una severa prohibicion de mezclarse en asuntos que no fueran de su pertenencia, y amenazado de ser cruelmente castigado si insistía.

—Ya ves, dijo á Helim, el peligro á que me he expuesto por querer servirte; toma, amigo mío, cuanto oro quieras de mis arcas, y sirva eso, si no de consuelo á tu pesar, de medio para facilitar tu venganza.

Helim, desesperado, le saludó y se alejó.

Y Hassan se dijo:

—Hulkem no hubiera hecho seguramente lo que yo acabo de hacer.

Algunos dias despues de esta aventura, Hassan vió pasar un palanquin, escoltado por un apuesto jinete, en quien reconoció á Helim; éste reconoció tambien á su protector, y deteniéndose le dijo:

—Ya soy dichoso, señor. Selina vuelve á mi hogar: y ¿sabeis á quien debo esta dicha? A Hulkem.

En cuanto supo mi desgracia, fué á ver al califa. «Poderoso señor, le dijo: vengo á advertirte de una conspiracion fraguada, no contra tu vida, sino contra tu gloria.» Y le refirió la criminal accion de Ibraim. «Tu pueblo te adora, añadió, porque eres bueno y justo; pero no sufrirá que á la sombra de tu nombre



tus favoritos ejerzan una tiranía, de que la historia podría hacerte responsable. » Ibraim fué castigado: Selina entregada al buen Hulkem, y Hulkem poniéndomela en mis brazos, ha devuelto al alma mía la felicidad perdida.

Hassan no pudo escuchar mas; los elogios que se prodigaban á Hulkem eran para él motivo de despecho y de vergüenza.

—En tanto que ese hombre viva, se dijo, no podré ser dichoso; la tranquilidad, la gloria, la felicidad, todo me lo roba ese rival aborrecido. Oh! es preciso que muera Hulkem: los dos no cabemos en el mundo.

Dominado de esta siniestra idea, Hassan se dirigió disfrazado á la casa de Hulkem; preguntó por él, y le dijeron que se hallaba ausente. Iba á seguir el camino con objeto de encontrar á su rival, á quien se esperaba de un momento á otro; pero detúvose ante una sencilla casa de pobre apariencia; mas que la casa, le habia cautivado la atencion, la presencia de una jovencita que sentada en un banco próximo, contemplaba algunas bellísimas flores, cautivas en un vaso de tan buen gusto como sencillo. Hassan admira la hermosura de aquella niña; cálmase su cólera; olvida á Hulkem, y no vé mas que á la inocente Zulima, quien, al verle, se le acerca diciendo:

—Jóven extranjero, entrad si os place en nuestra pobre morada; mi padre está ausente; pero yo he aprendido de él á tratar á los huéspedes, y no le echaréis de menos.

La seductora Zulima hizo traer fruta, dátiles, naranjas y leche, é invitó al extranjero á querer aceptar aquel frugal convite. Un instante despues, tomó la guzla, y uniendo su voz dulce y penetrante á los armónicos acordes del instrumento, hizo experimentar á Hassan un placer que le era completamente desconocido.

—Oh! celeste belleza! exclamaba Hassan. ¿Eres humana criatura, ó eres ángel mensajero del bien y el amor?

Hassan quiso corresponder á su vez á recibimiento tan lisonjero, y cantó con sentida y vibrante voz algunas canciones árabes.

El sol iba á ocultarse ya detrás de las vecinas montañas, cuando por el camino se vió venir á mi respetable anciano.

—Padre mio! exclamó Zulima, saliendo á abrazarle.

El anciano besó en la frente á su hija, estrechó la mano del extranjero, y le preguntó su nombre, que Hassan ocultó con el de Nadir.

—¿Y qué te conduce á mi pobre albergue? le preguntó el anciano.

—El deseo de ver por mí mismo si Hulkem merece la gloria y los dictados de justo, bueno, sábio, ge-

neroso y modesto, que le da el pueblo; si es en efecto el mejor de los hombres.

—Así lo creen, repuso el anciano, pero yo....

—Tú no lo crees? se apresuró á preguntar Hassan.

—Tengo grandes motivos para estar descontento de Hulkem.

—¿Tú no le crees tan sábio, tan justo, tan bueno, tan generoso, como le cree el pueblo?

—Libreme Dios de caer en ese error.

—Él te bendiga, añade Hassan. ¡Cuán grande es mi alegría al hallar un hombre que respecto á Hulkem piensa como yo!

—Ven, dijo el anciano, supuesto que pensamos del mismo modo, debemos ser amigos; ven conmigo á mi pobre cabaña: no encontrarás seguramente nada de lujo y magnificencia; pero todo lo que hay en ella, todo es tuyo.... ¡Pueda yo á este precio reparar todo el mal que parece te ha hecho Hulkem!

—¿Todo lo que posees es mio?

—Seguramente que sí.

—Oh! si yo me atreviese....

—Pide, y no vaciles.

—Tu hija....

—Cómo?

—Tu hija, para esposa mia.

—No me has comprendido, amigo mio, interrumpió el anciano; es su corazon lo que me pides, y ese no me pertenece.

—¡Ah, padre mio! exclamó Zulima abrazando al buen viejo, ¿quién puede poseerlo mas que tú.

—Sí, hija mia; mio es sin duda tu corazon, pero es el corazon de una hija, y Nadir me pide el corazon de una amante, ¿qué dices Zulima?

La hermosa jóven fijó los ojos en sus flores; un ligero carmin saltó á sus mejillas, y con voz mal segura contestó:

—Yo no conozco aun á este extranjero....

—Yo soy Hassan, dijo, el rival de Hulkem..... Perdonadme si con este nombre.....

—Hassan! repitió Zulima, el benéfico, el magnánimo Hassan.... El corazon me lo decia, padre mio, dijo al anciano, y se retiró á su aposento.

Hombre generoso, dijo el padre de Zulima, bendiga el cielo al que ha querido conducirte á mi pobre cabaña, y que pongas tus ojos y tu amor en mi hija idolatrada.

Mas súbito cesó de hablar, miró al jóven con atencion, y despues guardó silencio algunos momentos. Hassan esperaba con respetuosa humildad; nada habia visto hasta entonces tan imponente, tan noble, como la cabeza de aquel venerable anciano.

Este continuó:

—No debo engañarte, poderoso Hassan, tienes un temible rival.



Hassan palideció.

—Un rival! y ¿quién es?

—Hulkem.

—Hulkem! Hulkem! Siempre ese hombre en mi camino. Si voy hacer un bien, él lo ha hecho antes; si empiezo una acción generosa, él la termina; si deseo alguna cosa, él la posee; su nombre está en todos los labios y en todos los corazones, y el mío apenas se cita; en fin, yo adoro sobre todas las cosas de este mundo á Zulima; y él, precisamente él, es mi rival.—Oh! decidido estoy; es preciso que ese hombre muera á mis manos.

—Y yo voy á proporcionarte medios de cumplir tu venganza, añadió el viejo; escucha: todas las mañanas Hulkem va al bosque próximo á orar por la felicidad de los hombres, en ese momento puedes satisfacer tu justo furor.

—Va á orar por sus semejantes! exclamó Hassan con visible emoción; y después de un momento continuó:—Oh! no importa; es mi rival; no puedo perdonarle.... ¿Quiéres indicarme el sitio adonde va todos los días?

El viejo condujo á Hassan al bosque, y le señaló una pequeña eminencia cercada de árboles.

Hassan pasó el día en la cabaña del anciano; estuvo agitado, inquieto, distraído; ni las palabras de amor y de consuelo del padre de Zulima ni los cantos de ésta, pudieron hacer asomar una sonrisa á sus pálidos labios.—El silencio de la noche hizo mucho mas penoso el tormento que todo el día había sentido en el fondo de su alma.—Antes de ser de día dejó el lecho: largo tiempo estuvo vacilando entre el bien y el mal, pero al fin el mal venció.

—No, no haya piedad para ese miserable! exclamó; y armándose de un puñal, salió de la cabaña, en donde no estaban ya ni Zulima ni su padre.

—Cuán digno de lástima soy! decía, dirigiéndose al bosque.

Llegó por fin: buscó el sitio señalado para el fatal delito, y en él halló á un anciano, que en actitud humilde prosternado, parecía profundamente absorbido en sus oraciones.

—Oh! no, exclamó Hassan al verle, no morirá Hulkem. Lejos de mí el arma homicida! una vez á lo menos quiero vencerte en generosidad; sea Zulima tu esposa; yo no la quiero si ha de costarme un crimen.

—En aquel momento, Zulima salió de entre la arboleda, y el anciano se alzó del suelo.

—¿Cuál sería la sorpresa de Hassan al conocer en Hulkem, al hombre generoso que le había dado hospitalidad?....

—Hassan! exclamó Zulima con un acento que dejaba adivinar todo un poema de amor.

—Tuya es mi hija! dijo Hulkem llorando de pla-

cer: esta prueba que te he hecho sufrir me ha convencido de que tu corazón es mas generoso que lo que tú mismo crees... Hijos míos, que el ángel de la paz cierna eternamente sus blancas alas sobre el templo de vuestro amor.

—Hulkem! Hulkem! exclamaba Hassan, no, no puedo yo admitir tu generosidad.... Yo que he querido ser tu asesino.... Oh! aunque tú me perdones, no puedo perdonarme yo!

—¿Dudas de la bondad de mi padre? repuso Zulima.—¿Habías de ser tú el único mortal para quien su corazón no fuese tan grande y magnánimo?....

—Haz dichosa á mi hija! añadió Hulkem. Yo te la doy, porque tú solo eres digno de su amor.

—Ahora comprendo, dijo Hassan, porque ninguna de mis buenas acciones podía darme esa felicidad que tú gozabas; tú amas á los hombres, y yo solo me amaba á mí mismo. Yo te imitaré desde hoy y seré feliz.

No basta hacer el bien en el mundo; es preciso saberlo hacer. (Arreglo del italiano.)

CARLOS FRONTAUBA.

## VARIETADES.

### LOS SALUDOS.

Artículo de ceremonia.

Confieso que no soy con mis lectoras tan cortés como debiera. Deber mío es saludarlas semanalmente en el *Correo*, y sin embargo, por razones que no son para dichas no lo hago. En desquite de estas faltas escribo este artículo, donde les remito cuantos saludos he podido recoger, merced á la munificencia de escritores y viajeros. De este modo salvaré la cortesía, ya que no disculpe la puntualidad.

No hay nación, por mas descortés que quiera hacérsela, donde los saludos no estén admitidos, donde no sea una falta de urbanidad el pasar cerca de un hombre, si quier esté enamorado, como por delante de un guarda-canton. Lo mismo los pueblos antiguos que las sociedades modernas, el fenicio como el francés, el salvaje como el cortesano, han comprendido intuitivamente la trascendental importancia de los saludos, y los han puesto en práctica.

Si quieres Fabio que te den la mano,  
sé cortés y político, y urbano,

ha dicho un amigo mío, y de esta máxima rimada



se desprende, que el que falta á ella da pié para que todos los piés le saluden.

Esta es la regla general, despues hay circunstancias que agravan ó atenuan la severidad de este precepto urbanitario.

Ahora, y una vez sentadas las anteriores observaciones, pasemos porque no se levanten á enumerar algunas de las frases, gestos ó ceremonias usadas por los hombres para espresar las emociones de un encuentro, el hallazgo de un semejante. Con este motivo harémos un viaje de buen tono, esto es, una excursion, de la cual nada saquemos en limpio.

Si el idioma del Lacio no fuese hoy en realidad una lengua muerta, aun antes de salir de España, oiríamos los clásicos: *Deo gracias* ó *Laus Deo*, pero nos contentaremos con encontrar el último traducido cuando oigamos decir á algun labriego al entrar en su hogar: *Alabao sea Dios*, para que le contesten: *Por siempre*.

Al pasar por Andalucía nos dirán: *Vayasté con Dios, y la compañía, ó á la pá de Dio, señores, Jasta mas vé; Zali*.—Movimientos de calañés, ó apretones de manos, segun la calidad y simpatías de los saludadores.—Al llegar á Valencia habremos de oír: *Bon dia, caballers, ó Bona nit*, segun la hora de la llegada, y al marcharnos *Pasaro be*.—Los aragoneses nos saludarán diciendo: *Diquia luego, chiquios*; los catalanes nos recibirán con *Deu lo quart*, despidiéndonos con *Pasiu be*, y los vascongados con el *Guero arte*.—Hasta luego.

Pasamos los Pirineos, y estamos en Francia.—*Bon soir, Bou jour, Je vous salue, Adieu monsieur, ó mon ami, ó mon cher ami, ó madame, ó mademoiselle*.—Interrogatorio acerca de la salud, choque de manos, abrazos, y aun ósculos. Es fama que la cortesía enternece de tal modo á nuestros vecinos, que á veces les hace llorar.—*Jusqu' á demain, A ce soir, Au revoir y Allons*.

Estamos en Inglaterra, concision, energia, severidad; hé aquí los caractéres del saludo inglés: *How do you do*.—Cómo está Vd.?—Al encontrarse: *Good morning, ó Good-by*.—Buen dia, ó Adios, al despedirse.—Dislocacion de brazos en forma de sacudida amistosa y en marcha. Navegando viento en popa llegamos al norte de América. Aquí veremos que cuando dos tribus de indígenas se encuentran, páranse á una distancia regular, y se postran en tierra, mientras los caciques, ó dos ancianos, se adelantan y refieren las circunstancias del viaje. Acabada la relacion prorumpen todos en gritos y algazara, concluyendo por emborracharse, si tienen *chicha*.—Las tribus indianas del sur usan pocos saludos y muy breves: *Amare ca*.—Eres tú? *A si*.—Los salvajes de la Luisiana para saludar á una persona de distincion dan un aúllido, y si entra en una cho-

za, el dueño pone las manos en la cabeza, y hace dos ediciones mas del saludo. —Los habitantes de Lamurzec, en las islas Pelew, piden al saludado el pié izquierdo, con el cual se tocan la frente y el pecho.—Los isleños de Otahiti, despues de saludar al huésped, le presentan una ó mas prendas del traje que visten, con lo cual la cortesía toma el carácter de despojo ó expropiacion-urbanitaria.—En la América española se usa el *Adiosito*, miniatura de nuestro *Adios*.

En Africa hallaremos saludos muy curiosos.—Los Abisinios bincados de rodillas besan la tierra al pasar sus mayores, y cuando se encuentran dos amigos, el mas jóven coje la mano del otro y se tapa la boca. Tambien en la alta Ginea el que saluda toma la mano del saludado, pero aquí es para dar la vuelta al brazo y esclamar haciendo crujir todas las coyunturas: *Ackio! ackio!* Tu criado, criado tuyo.—El paciente debería contestar: *Gracias por los servicios*.—Los negros distinguidos se crujen los dedos, pero en vez de *Ackio*, dicen: *Bere, bere*, paz, paz, y con motivo, porque en Guinea la urbanidad tiene algo de tortura.—Cuando un mandingo saluda á una mujer la toma tambien la mano, se la aplica á la nariz y la huele dos veces. O ellas son muy limpias, ó ellos muy galantes, porque siempre aseguran que huele á rosas.—Las negras de Sierra-Leona se saludan doblando los brazos hasta llegar con la mano á la boca, juntan despues los codos, luego se tocan los dedos índices y pulgares, y los retiran muy despacio; cuando se visitan de ceremonia se quitan los peines de la cabeza y se los vuelven á poner.—Los egipcios estienden los brazos, acercan las manos al pecho, ó inclinan la cabeza. El mayor signo de urbanidad es besarse cada uno su mano.

Asia tambien presenta variedad en sus saluciones. Cuando dos árabes se encuentran, uno dice: *Sallámu alicum*, y el otro contesta: *Alicum abssalam*, salud sea contigo, ó bien *Sabbah aljer*, buenos dias, ó *Leib aljer*, buenas noches. Los emires y personas nobles se abrazan y se besan por tres veces los carrillos, preguntándose otras tantas por la salud: *Quif halec?* ó *Quif anta?* Cómo estás? *Alá jer, Alhamda lillah*. Bueno, á Dios gracias.

Los persas saludan inclinando su cuerpo hasta formar un ángulo recto, y estendiendo los brazos hasta tocar las rodillas. Cuando un jinete beduino encuentra á su huésped, pica al caballo, y arremete como si lo fuera á arrollar, pero de pronto se pára, y descarga una pistola sobre la cabeza del saludado, ó blande el alfanje. De un modo parecido se suelen saludar los gauchos de Buenos-Aires; corren, se encuentran, se amenazan con los cuchillos, y.... *no hay nada*, como dice Cervantes. Los chinos, cuando se encuentran á caballo, se apea el inferior, y aguarda de pié á que



pase el otro; cuando van á pié y son de igual rango, cada uno cruza sus manos sobre la cabeza, y haciendo una inclinacion, esclaman: *Chin! Chin!* Ah! ah! Cuando son dos amigos que se ven despues de larga ausencia, se arrodillan, tocan el suelo con la frente, y luego dicen: *Na fo?* Te ha ido bien?—*Yung fo.*—Felizmente. En el Japon el inferior saluda al mandarin quitándose las sandalias, metiendo la mano derecha en la manga izquierda, doblando el cuerpo, y gritando: *Aug! aug!* Misericordia!

Pocas saluciones femeninas hallaremos en Asia; sabido es que las mujeres no viven en sociedad; solo las Sianesas la tienen entre ellas, y sus espresiones escenden en zalamería á las de las limeñas, porque éstas solo usan los diminutivos en las palabras afectuosas, al paso que aquellas lo estienden á todo, llamándose *diamantitos*, *perlitos*, *jazmincitos*, y el jazmin ó el diamante suele ser luego una vieja, con la cara como un melon escrito, y el cuello como una hoja de tabaco.

Pero ya es tiempo de que volvamos á Europa.

Estamos en Italia, donde los rios murmuran versos y las auras notas. *A riverisco*, al encontrarse, *A rividersi*, al despedirse, son los saludos mas usuales. *Adio* ó *Adio caro*; el *carissime*, como casi todos los superlativos, son mas usuales en la correspondencia epistolar.

En Turquía aun se suelen cruzar los brazos sobre el pecho para hacer las zalemas (1). En Rusia, postrados en el suelo, se besan las rodillas de los superiores. En la buena sociedad parece que las mujeres dan á besar las manos y la frente. En Polonia se inclinan hasta tocar el suelo con la cara, y en Bohemia se besan las fimbrias de la bata ó las faldas de la casaca á los señores.

Ahora y de regreso á España, os contaré por el camino los saludos de los japones y los isleños de los Dos-Amigos: los primeros se saludan apretándose fuertemente las narices unos con otros.—Ovidio y Ciceron lo hubieran pasado muy mal con esta chistosa costumbre. —Los segundos tocan solo las puntas de las narices, pero si son muy amigos toma cada uno la mano del otro y se refriega con ella los ojos, la nariz y la boca, como los gatos cuando se acicalan.—Bonita ceremonia.

Estamos en nuestra patria oyendo nuestro *Adios!* ó *Agir*, y dándonos nuestros modestos apretones de manos.

—¿Qué tal del viaje, lectoras mías?

—Lo que Vds. quieran decir.—A los piés de Vds.

—Beso á Vd. la mano.

JUAN ANTONIO VIEDMA.

(1) Saludos.

## MODAS.

La variacion de la temperatura, la afluencia de forasteros que la Esposicion Agrícola y las Ferias han llamado á Madrid, y el regreso de muchas de nuestras bellas fugitivas, que vuelven presurosas á sus cuarteles de invierno, deseosas de gozar los placeres de los salones despues de haber saboreado á sus anchas los solaces del campo, contribuyen á que la Moda se ocupe ya con formalidad en hacer debidamente los honores al Otoño.

El verano sin embargo se prolonga, y los trajes de barés y fular son muy cómodos para el paseo de la calle de Alcalá, y muy vistosos para lucirse en la elegante balastrada de los palcos de *Novedades*. Nuestras hermosas encuentran muy aparentes sus gasas y granadinas para aplaudir llorando en el lindo coliseo de *Jovellanos* á la gran trágica, ó reir aplaudiendo en el *Circo* á la perla de nuestro teatro, en la nueva produccion del señor Larra.

Como la estacion va adelantándose, aunque los teatros y paseos no ofrecen á la Moda objetos nuevos que comunicar á nuestras lectoras, los almaces nos suministran algunos datos que no dejarán de interesarlas.

En sus bien dispuestas y tentadoras muestras, ostentan ya los de la calle de Espoz y Mina magníficos groses de fondo liso con volantes y medallones, de cuadros ó de listas de terciopelo: soberbios muarés, lisos ó brochados: tafetanes con dibujos tejidos, de dos colores ó de anchas rayas transversales, cuyo género, así en seda como en lana, se anuncia como el mas favorecido para este invierno. Los trajes con dibujos para adornos de los costadillos de la falda son los de efecto mas distinguido.

Como lindísimo y de novedad recomendaremos un vestido de tafetan, color de rosa, con disposiciones de medallones blancos en los volantes, que van guarnecidos como lo demas del traje, de una blonda negra. El escote del cuerpo, que es de forma cuadrada, lleva las mismas disposiciones.

Como traje para carruaje otro vestido de muselina blanca, con tres volantes, bordado á cadeneta, y sin mas adorno que un cinturon blanco y azul con largos cabos flotantes. Un fichú de tul, con adornos de terciopelos estrechos, cruzado á la cintura, es lindo complemento de este traje.

AURORA PEREZ MIRON.

EDITOR PROPIETARIO.—P. J. de la Peña.